

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK¹

JAVIER MÁRQUEZ

México

UNA buena parte de los que nos atribuíamos hasta hace poco, con plena razón, el título de librecambistas nos hemos visto más o menos arrastrados en la corriente del intervencionismo que empapa hoy nuestra vida diaria y hemos ido haciendo concesiones, teóricas y pseudoteóricas, a los principios que guían ese intervencionismo y estableciendo excepciones a la doctrina del librecambio. Hace poco me vi forzado a admitir que en mis declaraciones de fe librecambista había cierta dosis de hipocresía, pues los recortes hechos a sus principios al recomendar o admitir ciertos controles y bastante planificación los dejaban prácticamente inidentificables.

Más de una vez he intentado poner fin en mi mente a la confusión que ha ido surgiendo en ella, quizá, debiera decir, a la confusión que me han impuesto, y fijar con claridad cuál era mi posición con respecto a la filosofía económica, a las ideas claves. Mas ha sido inútil. Tan pronto como alguna noción parecía presentarse con nitidez, empezaban a surgir las excepciones, las limitaciones; no había ninguna que pudiese admitir en toda su integridad y con todas sus consecuencias. Es más, las excepciones no se presentaban nunca como superficiales; existía un conflicto íntimo, profundo, entre los principios que había admitido y los que la realidad de los últimos tiempos parecía querer imponerme, entre la economía descarnada y los ideales de justicia, las aspiraciones políticas, etc.

¿Por qué me parecía injusto, indeseable, o cuando menos dudoso, lo que hace poco se me presentaba con claridad meridiana? Había en el aire algo distinto, algo nuevo que me hacía ver las cosas bajo una luz diferente o, mejor dicho, que me impedía verlas con

¹ Friedrich A. Hayek. *The Road to Serfdom*. Prólogo de John Chamberlain. Chicago: Chicago University Press. 1944. P. 250.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

claridad; había una lucha que no se decidía en ningún sentido entre las ideas arraigadas en la conciencia y otras nuevas que pugnaban por entrar en ella. Quizá debiera decir que lo nuevo no eran nunca principios, sino más bien puntos concretos, actitudes de hecho, que chocaban con los principios viejos, y no era capaz de decidirme a abandonar estos últimos ni tampoco me parecía deseable rechazar aquéllos, aunque carecieran de arraigo o base teórica. La situación de guerra nos hace pensar en términos de ella, nos lleva a concebir la paz con una organización militar o muy parecida, nos impide representarnos con claridad el relajamiento de las tensiones actuales que el cese de las hostilidades debería traer consigo, con el peligro (para mi gusto) de que ese relajamiento no se produzca de hecho, y sí sólo de nombre, precisamente porque no lo imaginamos.

La guerra nos ha acostumbrado, y más a quienes viven en los grandes países beligerantes, a condiciones que antes de ella hubieran parecido insoportables en un país democrático. Se asegura que un liberal de mediados del siglo pasado encontraría intolerable la vida en la situación que prevalecía antes de esta guerra y que muchos consideran como un paraíso de libertad. ¿Olvidaremos también nosotros la situación que reinaba antes de 1938 y llegaremos a considerar como condiciones normales, democráticas y de libertad, las que hoy prevalecen, si persisten después de la paz?

Estamos tan metidos en las tendencias contraloras, es tal la abundancia de bibliografía favorable a la planificación, la regulación, la intervención del estado, y son tan pocas las voces librecambistas, que un libro como el que acaba de publicar el profesor Hayek produce un efecto desproporcionado. Cuentan de un ingeniero que volvía a su casa en la ciudad tras de pasar dos meses en el campo viviendo en condiciones muy poco higiénicas, mucho sudor y poco jabón, poca ventilación y mucho calor, y había llegado a acostumbrarse a esas condiciones de vida; y al traspasar apresurado el umbral de su apartamento se detuvo en seco con un gesto de disgusto y exclamó: "¡Qué peste a limpieza hay aquí!" Acostumbrados a la literatura

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

intervencionista de los últimos años, también podríamos decir que el nuevo libro de Hayek “apesta a libertad”.

Hayek da en él un grito de alarma, un toque de atención. No es una llamada angustiosa, pues en su obra no hay aspavientos de ninguna clase, pero sí hay una convicción profunda y sincera, emana de ella una atmósfera tensa y una gran emoción. Sin poderle acompañar por entero en toda su tesis, creo que el libro merece un análisis serio, que puede servir de ayuda para que muchos de los que nos hallamos en una actitud de incertidumbre hagamos examen de conciencia, refresquemos nuestras ideas pasadas, que ya habían caído en el olvido, y meditemos sobre el significado y las consecuencias últimas de nuestra posición presente, las derivaciones de las ideas que difundimos, y veamos si en el fondo estamos convencidos de su bondad y descamos en nuestro interior sus consecuencias.

Hayek quiere conservar la democracia a toda costa. Cree ver en la política seguida por Inglaterra y Estados Unidos desde algunos años antes de la guerra, así como en las tendencias que manifiestan sus intelectuales, un avance por el camino del totalitarismo. A muchos repugnará, con razón, su identificación del totalitarismo socialista y el nazi; para Hayek ambos son totalitarismos (el segundo derivación del primero, socialismo sin vestigios de democracia, podríamos decir, totalitarismo con todas sus consecuencias), pérdidas de libertad, trastocamiento de las escalas de valores.

Planeación central y libertad son términos que se contradicen. Elie Halévy había dicho que los socialistas creen en dos cosas distintas y contradictorias: libertad y organización; Hayek parece estar de acuerdo por entero con esta tesis, que es central en su obra, si se da a la palabra “organización” el sentido de planeación central.

No todo en la democracia, en el sistema de competencia, son rosas; estas vienen con sus espinas. Uno de los precios que es preciso pagar por la democracia consiste en que las posibilidades de control consciente se restringen a los campos en que existe un acuerdo

EL TRIMESTRE ECONOMICO

auténtico, y en los otros es preciso dejar las cosas al azar.² El hecho de que la libertad no se da gratis, sino que tiene un precio, forma parte esencial de su tesis,³ pero es el precio más bajo de los que cabe pagar. *Lo que puede ganarse renunciando a la libertad no vale los sacrificios que supone.*

Con la planeación central —dice— se conseguirían muchas cosas, pero son secundarias en comparación con los sacrificios que lleva implícita. Es realizable cualquiera de las ideas, excelentes por lo demás, que puedan concebir los técnicos, pero sólo podemos esperar realizar pocas de ellas en el curso de nuestra vida, y si se dedica a su consecución todo el esfuerzo de la humanidad, estaríamos, sin la menor duda, dando un empleo defectuoso a los recursos de que disponemos.⁴ Un mundo en el que los especialistas de cada campo tuvieran carta blanca para poner en práctica sus ideas sería insostenible.

Es difícil saber hasta qué punto admite Hayek la planeación, o la intervención del estado, pero parece que ha de ser una medida muy corta, pues es básico en su pensamiento el criterio de que una vez que el estado se lanza por el camino de la planeación ha de seguir adelante por él hasta terminar en el totalitarismo, ya que éste es indispensable para que el control sea eficaz. Planeación sin totalitarismo es para Hayek una contradicción, o por lo menos una planeación sin posibilidades de éxito. Por eso le parece erróneo, por ejemplo,⁵ considerar la brutalidad e indiferencia que han mostrado los alemanes por los ideales de las naciones sojuzgadas como un síntoma de perversidad, pues, dice, la naturaleza de la labor que se han impuesto hace que su actuación sea inevitablemente en el sentido en que la realizaron; las mejores intenciones no podían impedir que los alemanes se vieran forzados a actuar en una forma que pa-

² P. 69.

³ Véase, por ejemplo, p. 133.

⁴ Pp. 53-54.

⁵ P. 224.

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

recerá muy inmoral a algunos de los afectados. Lo inmoral no es, pues, la forma en que se condujo Alemania, sino el régimen totalitario.

No creo que Hayek haya demostrado de una manera convincente que cualquier planeación conduzca en último término al totalitarismo. El mismo admite aquella en un cierto grado. Acepta los “fines sociales”; cuando existe una coincidencia de los fines individuales está de acuerdo en que es aconsejable que los hombres se unan para promoverlos. Pero limita esas acciones en común a los casos en que las opiniones individuales realmente coinciden; por eso “lo que se llaman ‘fines sociales’ son... sólo fines idénticos de muchos individuos”.⁶ El límite de la actuación del estado para conseguir fines sociales sería, pues, el grado de acuerdo entre los habitantes de un país. Como podrá advertirse, deja aquí un importante resquicio para la planeación parcial. En un lugar se habla de que “una vez que se ha impedido *más allá de un cierto límite* el libre juego del mercado, quienes planean se verán obligados a extender los controles hasta que sean omnicomprendivos”.⁷

Me es difícil encontrar razones buenas para rebatir en un terreno puramente económico la tesis de Hayek. Pero quiero señalar un punto que no puede pasar por alto ninguna persona que piense teniendo en cuenta la realidad de hoy. La existencia de un *estado*; de una *nación*, es un hecho demasiado patente para poderlo olvidar. Su presencia crea lo que algunos han llamado “pensamiento glandular”, que exige recortes a la lógica económica cuando se trata de definir una actitud política. No soy yo el llamado a examinar las causas de la aparición de esas reacciones emotivas que observamos todos los días, que surgen como consecuencia (entre otras causas) de la existencia de esos entes llamados estado, nación, patria, etc., a los que nos sentimos ligados por una fuerza no inferior a aquella que nos une a nuestra familia más próxima. Si ese pensamiento

⁶ Pp. 59-60.

⁷ P. 105.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

glandular no existiera, sería mucho más difícil hacer que los soldados pelearan en los campos de batalla o, bajando al plano familiar, conseguir, por ejemplo, que una persona renunciase a una ocupación lucrativa si ésta le obliga a abandonar el lugar en que reside o a sus familiares. Podemos ser muy libres en virtud de leyes o de la ausencia de éstas, pero ser enteramente esclavos de un sinfín de pasiones y afectos. Si pudiéramos eliminar estos últimos yo no tendría inconveniente en abogar de un modo más decidido por la política económica que se deduce de la teoría liberal. Hayek podrá objetar que cuando esas razones emotivas existen y se abandona la prosecución del mayor bienestar económico o de la mayor libertad posible para satisfacer tales apetitos, lo haríamos porque hay una coincidencia de fines individuales, que encajan explícitamente en su tesis, como hemos visto. Así es. Pero creo que existen ciertas diferencias de grado, pues la medida en que él quiere conservar la libertad es mucho más amplia que la que exige la satisfacción de muchas de nuestras pasiones.

Estoy enteramente de acuerdo en que la planeación central, totalitaria, es incompatible con la libertad. También lo estoy con su atinada observación de que aquello que los socialistas llaman libertad no es tal cosa, sino que emplean la palabra retorciendo su significado y dándole el de "poder" o "riqueza". Y sin embargo, somos muchos los que estamos dispuestos a renunciar a buena parte de nuestra libertad para satisfacer otros deseos. Y quiero observar que cuando en nuestros países de América Latina hablamos de planeación, con todas sus consecuencias de pérdidas de libertad y disminución de ingresos reales, pensamos casi siempre en que todo ello ha de ser temporal, hasta que se realice el plan; a ninguno nos afecta la frase de Franklin, que Hayek cita en su obra, y según la cual, "quienes están dispuestos a renunciar a libertades esenciales para comprar un poco de seguridad, no merecen ni libertad ni seguridad". No nos afecta, en primer lugar, porque creemos que estamos renunciando a ella para alcanzar algo que realmente vale la

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

pena y, en segundo término, porque es sólo una renuncia temporal, mientras se consiga el objetivo que pretendemos.

Sin duda, este es un camino peligroso. Nos estamos exponiendo a todos los males del totalitarismo, del monopolio, etc. No será fácil salir del camino una vez recorrido parte de él; las murallas que lo encuadran se levantan cada vez más.

Hay motivos de sobra para dudar antes de emprenderlo.

Los ideales a que algunos aspiramos con ciertos tipos de planeación económica no exigen que ésta sea total. Pero Hayek sostiene, como ya dije, que después de un cierto punto, la planeación parcial es, en el mejor de los casos, ineficaz, y que hay un peligro inminente de que la planeación parcial se convierta en una planeación en espiral que llegue a abarcarlo todo destruyendo la democracia y la libertad.

Si bien no puedo admitir por entero esa tesis, no cabe objetar la afirmación de que controles con apariencia de inocuos son susceptibles de utilizarse con el fin de coartar la libertad individual. El ejemplo que nos da del control de cambios es bueno a este respecto: con el control de cambios se nos pueden impedir los viajes, ciertas lecturas, etc.⁸ La medida en que un tipo de control establezca más restricciones de las estrictamente necesarias, y el sentido en que las establezca, dependerá siempre de la política general del gobierno, pero no es justo atribuir a éste en todos los casos una finalidad perversa.

En un trabajo reciente concebí un plan de inversiones en gran escala, y al desarrollar la idea de modo que resultara viable, me vi forzado a admitir toda una serie de restricciones a la libertad de iniciativa de los particulares para que pudiera funcionar. Era una restricción temporal, pero una restricción de la libertad decidida y amplia. No voy a ocuparme ahora de cómo se producía ese resultado, pues quien trate de imaginar un plan económico cualquiera y pre-

⁸ P. 92, nota.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

tenda rodearlo de todos los elementos necesarios para que funcione sin tropiezos hasta su fin, descubrirá muy pronto que tal cosa no es posible sin fijar límites a la libre iniciativa de los particulares en la búsqueda de su máximo lucro, y también otros de tipo menos estrictamente económico.

Carl Landauer en su reciente libro *Theory of National Economic Planning* ha presentado un plan de planeación central sobre base democrática. Sus ideas son de sumo interés, pues el esfuerzo que realiza para idear la planeación con cooperación voluntaria de los empresarios y, por consiguiente, conservando la propiedad privada y la libre iniciativa, no tiene probablemente paralelo. La necesidad de planeación la encuentra en la inseguridad que padecemos hoy y en el desperdicio que supone la competencia. No voy a hacer un resumen de esta obra, pero sí me interesa señalar que la libertad individual no sale de ella demasiado bien parada, a pesar de todos los esfuerzos que hace por salvarla. Es decir, en su plan, la libertad subsiste ¡cómo no! siempre que el empresario se una voluntariamente a él, pero si no lo desea, el plan fracasa sin remedio, y para que triunfe será necesario emplear la coacción (en forma de impuestos, multas, confiscación, o lo que se quiera). La competencia se reduce o cambia de carácter; no está clara la forma en que evita la perpetuación de las clases ya adineradas en su posición privilegiada, o al menos en que impide que esa situación se conserve por más tiempo aún que en un régimen capitalista de competencia perfecta, etc. Sin pretender que la obra de Landauer carezca de interés, pues creo que es de muy gran valor, sí pienso que no ha solucionado el problema de la planeación con libertad, y que su tesis sólo es válida, en este sentido, en la medida en que haya coincidencia de fines individuales, en que la planeación se convierta en un fin social (a la Hayek: coincidencia de fines individuales), cualquiera que sean sus méritos en otros sentidos, y son muchos.

Hayek dice en su libro⁹ que “la frustración de sus ambiciones

⁹ P. 53.

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

en su propio campo, es la causa de que el especialista se subleve contra el orden existente"; y no cabe duda de que la presión del técnico, respaldada por la aureola que suele rodearle a los ojos de muchos, es el peligro mayor que nos amenaza de caer en una planeación perpetua y cada vez más amplia. En nuestros países, los economistas saben que el tecnócrata es su más temible enemigo, y que, hasta ahora, ha vencido siempre que las opiniones de ambos chocan. Tenemos aquí una manifestación más del culto a la máquina que prevalece en estos momentos, de los poderes semi-mágicos que se le atribuyen en muchos sectores de nuestra población. Cuanto mayor sea la influencia del técnico fuera de su campo, que consiste en decidir cómo se han de hacer las cosas y cuáles son factibles y no qué cosas se han de hacer, mayor será el peligro de que se amplíe la planeación, de que deje de ser temporal para convertirse en una modalidad permanente y omnicomprendensiva de nuestras vidas, con todas sus consecuencias. No es forzoso que lleguemos a esos extremos, pero debemos tener cuidado de ponernos al cubierto de tal eventualidad.

Hayek señala que el único argumento en pro de la planeación que puede tomarse en serio es el de que permite una distribución más justa y equitativa de la riqueza. "Es indiscutible que si deseamos lograr una distribución de la riqueza que se ajuste más a un cierto patrón determinado, si queremos decidir de una manera consciente quién ha de tener qué, necesitamos planear todo el sistema económico."¹⁰ Nadie podrá objetar nada a estas palabras, pero, desde luego, con admitir la exactitud del aserto no vamos a ningún lado. Hayek continúa: "Mas sigue en pie el problema de si el precio que deberíamos pagar por realizar los ideales de justicia de alguna persona, no sería un descontento mayor y una opresión más grande que las que hayan jamás causado el tan criticado juego de las fuerzas económicas". Es decir, se estarían sustituyendo las escalas de valores de toda la población por la escala de valores de una persona o un pequeño grupo.

¹⁰ P. 9.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Este es un punto esencial sobre el que no se piensa con bastante frecuencia; es uno de los que Hayek recalca en varios pasajes de su libro.

Rechaza por entero la tesis, tan frecuente hoy, de que la planeación sea inevitable. No admite una de las razones que se quieren aducir en su apoyo: que existe una tendencia objetiva hacia el monopolio. Esta idea ha llegado a adentrarse en nosotros sólo como consecuencia de la propaganda ininterrumpida en tal sentido, de una propaganda que viene actuando sobre nosotros desde hace medio siglo. Una de las pruebas que Hayek aduce contra esa tesis es que, en caso de ser cierta, el monopolio habría aparecido primero en aquellos países con un capitalismo más avanzado, cuando la realidad nos dice que el monopolio se presentó en Alemania antes que en Inglaterra. Sombart tomó el caso alemán como típico y generalizó sobre él. El monopolio es una consecuencia de la protección oficial, de la intervención, del control del estado; sin éste no surge.¹¹ Estoy enteramente de acuerdo en que el monopolio no es inevitable, pero en cambio creo que Hayek no ha prestado una atención suficiente a las *rigideces* que el sistema capitalista, con la industria en gran escala, crea en el mundo y que justifican en buena medida los controles que exige una "economía de bienestar". Hayek habla en algún lugar de su libro en favor de la intervención oficial para aumentar la movilidad de los factores. Este es para mí un punto esencial.

Tan importante me parece, que estoy convencido de que si el autor de *The Road to Serfdom* hubiera desarrollado con la amplitud suficiente ese punto y hubiese indicado en qué grado está dispuesto a admitir la intervención oficial en la vida económica para luchar contra la poca movilidad de los factores, sus opiniones no hubieran parecido desentonar en tan gran medida con las que hoy prevalecen. Aumentar esa movilidad, facilitar los ajustes, es el *quid*

¹¹ Aunque en un lugar (p. 197) dice de pasada: "En aquellos casos en que el monopolio es inevitable..."

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

de la cuestión. Mientras Hayek no nos diga la medida en que se debe intervenir para tal fin no sabremos exactamente cuál es su posición.

Ya se ha demostrado, por un razonamiento eminentemente teórico, que la ocupación plena no se consigue en régimen de libre-cambio perfecto; y que la economía logra su equilibrio con ocupación parcial (de trabajo, recursos y capital). El progreso está exigiendo continuamente ajustes en la economía. Todo ello supone miseria, penalidades. ¿Podemos abandonar las cosas, entonces, a su destino y encogernos de hombros con resignación ante ellas? ¿Debemos considerar que la única forma de hacerles frente es la caridad pública, en forma de limosnas o subsidios?

Desde hace tiempo me he encariñado con el siguiente ejemplo que, aunque arbitrario si se toma al pie de la letra, plantea el problema con bastante claridad: ¿es preferible reducir algo la alimentación de dos millones de hombres durante un año o suprimir totalmente la alimentación de diez mil durante tres meses? Conseguir el primer resultado, para evitar el segundo, ha sido la causa de mucha planificación en los últimos tiempos. Quizá económicamente la solución no sea buena, quizá el efecto multiplicador de la primera solución sea más alto que el de la segunda, etc., y, sin embargo, es sin duda la solución mejor. Las políticas de este tipo se sugieren en nuestros países no sólo cuando el mal se ha presentado ya, sino para evitar que se produzca en algún momento. Es una de las razones que se alegan como forma de hacer frente a los peligros del monocultivo. Pero no puedo negar los peligros evidentes de un empleo abusivo del argumento.

Somos varios los que en México queremos salir al paso de las tendencias favorables a un empleo exagerado e hipócrita, o simplemente descaminado, del argumento en pro de la industrialización a ciegas, del proteccionismo indiscriminado con ese fin. Pero existe también un deseo de industrialización racional, sana, que exige la planeación, o que, cuando menos, ésta facilitaría. Hay una con-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

ciencia clara de que tal cosa impone sacrificios de muchos órdenes, pero también pensamos que éstos valen la pena, y que las consecuencias de la planificación o, quizá debiéramos decir, en este caso, la *dirección* de la economía, dependerá de las personas que la lleven.

Hayek admite en su libro que la democracia puede ser tiránica, y que con ella sólo hay menos probabilidades de que la tiranía exista. Esto es muy importante, y los demócratas lo olvidan con frecuencia. No es raro en estos tiempos oír a “demócratas” abogar por políticas que tienen muy poco de democráticas, o en que se conseguirían ciertos resultados por procedimientos muy poco democráticos.

El control de cambios puede considerarse indeseable, pero no es en sí mismo antidemocrático; mas es evidente (como ya señalamos que indica Hayek) que puede emplearse para coartar la libertad. Del mismo modo, pienso que la planificación, el control económico, para no provocar los nocivos efectos que prevé Hayek, exige dos condiciones: la primera es la intención y capacidad del contralor; la segunda la educación de los controlados.

A Hayek no le faltan planes. Uno sobre todo me interesa aquí. En la página 127 dice, hablando de otro tema: “Sin duda, alguna clase de servicio de trabajo voluntario sobre bases militares podría ser la mejor forma para que el estado proporcionara la certidumbre de una oportunidad de trabajo y un ingreso mínimo para todos”. Esto es planeación en cualquier sentido que se tome la palabra; sus consecuencias para el nivel de salarios, el coeficiente de natalidad, etc., son difíciles de disimular.

Para terminar señalaré dos aspectos más del libro que nos ocupa. El primero relativo a la identificación del socialismo con el fascismo y a la responsabilidad de la clase obrera en los males que critica; el segundo al aspecto internacional.

Como ejemplo de la actitud de Hayek respecto al primero de ellos puede citarse el siguiente pasaje: “Por lo que respecta a las pequeñas naciones, Marx y Engels eran poco mejor que la mayoría de los demás colectivistas de una actitud consecuente, y las opinio-

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

nes que a veces expresaron sobre los polacos y los checos se parecen a las de los nacionalsocialistas de hoy".¹² Y este otro: "El desarrollo reciente del monopolio es en gran parte resultado de una colaboración deliberada del capital y el trabajo organizados, en el que los grupos privilegiados de obreros comparten las ganancias de monopolio a expensas de la comunidad, y en particular a expensas de los más pobres, los empleados en las industrias peor organizadas y los desocupados".¹³

En cuanto a la planeación en el campo internacional, Hayek cree que ésta es imposible, en primer lugar porque faltan en absoluto las bases morales necesarias para tal empresa: "¿Quién se imagina que existan ideales comunes de justicia distributiva tales que hagan al pescador noruego consentir en privarse de la perspectiva de mejora con objeto de ayudar a su colega portugués, o al obrero holandés pagar más por su bicicleta con objeto de ayudar al mecánico de Coventry, o al campesino francés pagar más impuestos para ayudar en la industrialización de Italia?"¹⁴ Mi acuerdo sobre este último punto es absoluto,¹⁵ por muy deseable que considere la existencia de un espíritu de solidaridad lo bastante fuerte para una cooperación internacional activa.

Hayek es partidario decidido del federalismo, que, para él, no es "más que la aplicación de la democracia a los asuntos internacionales, el único método de cambio pacífico que el hombre ha inventado".¹⁶ No quiere un super-estado onnipotente, ni una "asociación vaga de naciones libres, sino una comunidad de naciones de hombres libres".¹⁷ "Inteligentemente usado, el principio federal de organización puede demostrar ser la mejor solución de algunos

¹² P. 144.

¹³ P. 199.

¹⁴ P. 222-223.

¹⁵ Véase mi trabajo *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*. Jornadas, 16. México: El Colegio de México. 1944.

¹⁶ P. 234.

¹⁷ P. 237.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

de los problemas más difíciles del mundo. Pero su aplicación es una labor extraordinariamente difícil.”¹⁸

Un poco de impaciencia provoca la obra de Hayek, en especial porque no se hace en ella economía “pura”, y parecería que al ser ese el caso debería ponerse a tono con la realidad y ver, dentro del marco de sus ideas, la forma de sacar de las circunstancias el máximo partido; y hubiese sido interesante leer los razonamientos de una mente tan clara como la suya encaminados a ofrecer un programa, ¡un plan! Es decir, estoy de acuerdo por entero con Robbins (y con Hayek) en que la economía es neutral; no creo en la supuesta maldad de los marginalistas, por ejemplo, intentando buscar una salida al callejón en que el capitalismo metió a la teoría del valor basada en el trabajo (y con esto no estoy, en este momento, defendiendo o atacando a ninguno de los dos bandos); creo que de esas *especulaciones* puede llegar a salir algo, igual que en un laboratorio se hacen diversos intentos para lograr un mismo fin, con la esperanza de que alguno de ellos cuaje. No hay, pues, motivo para “lamentarse por la economía”. Pero sí creo que cuando se pide algo práctico a los que trabajan en el laboratorio, éstos tienen la obligación de decirnos, a base de su experiencia en el manejo de los materiales, cuál es la solución que proponen. No vale contestar, “yo tengo la solución: es el liberalismo, el librecambio a ultranza”; porque, aun en el supuesto de que fuera la mejor medicina, el enfermo se niega a ingerirla, y entonces el médico no debe despedirse y dejar que el enfermo se muera, sino ver la forma de salvarle por otros procedimientos. Estoy dispuesto a admitir y a defender la posición del médico si pretende dar la medicina con un poco de azúcar o disimulada en otra forma, pero no es lícito que le abandone si no quiere tomarla de determinada manera.

El libro de Hayek es espléndido en muchísimos sentidos y me reconozco profundamente agradecido a él; es una obra que merece

¹⁸ P. 238.

LIBERTAD, PLANEACION Y HAYEK

la pena de ser leída. Pero creo que nos gustaría a todos que, una vez demostrado hasta la saciedad que el enfermo no quiere tomar la medicina ofrecida, el autor nos dijera cuál sería el “paliativo” que propone.